

LA RESTAURACION.

ESTUDIOS HISTORICOS.

PIO VII.

ARTICULO PRIMERO.



En toda vida así como en toda historia, hay un gran pensamiento que domina las circunstancias particulares, una línea principal con que se enlazan todas las líneas secundarias; y esta línea y ese pensamiento es el que nos proponemos examinar en la atormentada existencia del Papa Pio VII. Hallaremos también en este asunto lecciones oportunas y provechosas para los tiempos en que vivimos, y los acontecimientos que se despliegan á nuestra vista. En una época en que vemos al jefe de la cristiandad, á venerables y animosos prelados españoles levantar una voz dulce, pero firme, para defender la Iglesia contra los ultrajes de la impiedad que asuela nuestra patria, el aprecio de la lucha moral del derecho contra el hecho, del poder espiritual contra la brutalidad de la fuerza, toma el carácter de una cuestion de circunstancia. En un tiempo en que vemos á sábios y piadosos obispos, á respetables sacerdotes perseguidos con sacrilega saña, condenados á cruel ostracismo, porque han preferido obedecer al Rey del cielo

antes que á los poderosos de la tierra, la historia del combate de Pio VII contra Napoleon, ofrecerá lecciones útiles á los que imaginan cortar las cuestiones de conciencia con la espada, y sublimes alientos á los que sufren la persecucion de los hombres por no haber querido faltar á sus deberes.

No hay género de enseñanza que no se halle encerrado en esta lucha. Veremos, cómo las debilidades en que cae el poder espiritual por cansancio y desaliento engendran severas expiaciones; aprenderemos, cómo se cometen las faltas, y también cómo se reparan; que si la vida de Pio VII es la historia de un santo, es también la historia de un hombre: esa gloria tan sublime tuvo sus vicisitudes; á esa luz tan brillante mezcláronse algunas sombras; sombras que están como perdidas en los esplendores del triunfo que alcanzara el Pontífice de Napoleon y de sí mismo.

Así todo el plan de este estudio consiste en examinar las relaciones que mediaron entre el Papa y el Emperador, es decir, entre el gran poder moral y el gran poder material, en seguir los progresos y diferentes fases de estas

relaciones, y ver si así descubrimos el encadenamiento de las causas y consecuencias, y logramos sacar una alta conclusion moral de este exámen.

Las primeras relaciones serias entre el Papa y Bonaparte, tuvieron por motivo el mas alto interés de que puedan los hombres ocuparse. La revolucion de 93 habia dejado á la Francia sin Religion y sin culto. Los ensayos de restauracion del paganismo habian caido á manos del ridículo: el anacronismo inmoral de Chaumette no habia podido aclimatarse en Francia, rechazado por esa tierra de cristianismo. De manera que la nacion francesa se hallaba en la posicion mas estraña en que se haya encontrado jamás pais alguno, con una Religion antigua que estaba aun en lo interior de los corazones, pero que no estaba en la ley, y con aquel paganismo abortado que se habia querido substituir al catolicismo. Era aquel el mas bello periodo de la vida de Napoleon; los favores de la fortuna que embriagaron al emperador no habian corrompido aun al primer cónsul. Tenia menos aduladores y mas amigos, menos infatuacion de sus intereses particulares, y un sentimiento mas vivo de los intereses generales.

Por otra parte, la obra que debia llevarse á cabo era tan hermosa y tan grande, que aquel hombre á quien halagaba naturalmente todo lo que llevaba visos de grandeza, no sentia la necesidad de entregarse á aquellas terribles aprehensiones que despues trastornaron el mundo. Al ver descubiertamente los fundamentos de la sociedad, habia comprendido que le faltaba su gran base, y que esta base era el catolicismo. Como todo lo valuaba en aritmética militar, habia dado pues por instruccion á su embajador, tratase al Papa como á un soberano que pudiera disponer de cuatrocientos mil hombres. Aquel embajador estaba encargado de arreglar con el soberano Pontifice las bases de un concordato, que restituyera á la Francia su lugar en la Iglesia católica apostólica romana.

Esto era para Bonaparte una gran obra política, y para el Papa una gran obra religiosa. Ciertamente, eran duras las condiciones que el gobierno frances imponia, y el corazón del Papa partióse de dolor al abandonar á tantos preladados, que desterrados de sus sillas habian pasado por toda Europa el espectáculo de sus

desgracias y virtudes. Pero existia una necesidad católica que dominaba todas las demas consideraciones. Estábase á la sazón en aquellas circunstancias estraordinarias de que habla Bossuet, en que el jefe de la Iglesia provee á su seguridad modificando los cánones que sigue en los tiempos regulares. Habia en Francia altares sin culto, una grey sin pastor, una mies sin operarios, que clamaban mas alto al cielo que las reglas ordinariamente seguidas. El Papa era juez en la materia en que habia decidido, y el asenso y la admiracion de toda la cristiandad han venido á consagrar el sacrificio que el Papa creyó debia hacer en aquella circunstancia á las necesidades de la Iglesia colocada en crisis tan cruel. ¿Qué mas? La posteridad ha confirmado el testimonio que el Papa se dió á sí mismo consignando en una carta las palabras siguientes: «lo que hemos hecho por la Francia era necesario, y será para Nos un mérito en la presencia de Dios.»

Hasta aqui todo es admirable: Bonaparte ha abusado algun tanto del servicio que prestaba al catolicismo; pero en fin, se lo ha prestado grande y muy notable. El Papa se ha adelantado hasta el limite estremo de su poder, pero no ha traspasado los limites legítimos: ha hecho un concordato á título oneroso, pero este concordato ha salvado la Religion en Francia. Aqui vamos á entrar en otro orden de hechos, y sin faltar á la veneracion debida á un hombre tan santo y á un Papa tan ilustre, pediremos el permiso de espresarnos en este asunto importante con toda la libertad de la historia.

Cuando examinamos el triste encadenamiento de las desgracias de Pio-VII, tantas persecuciones de que fue el blanco, tantas intimaciones insolentes, tantas exigencias usurpadoras, su poder destruido en Roma, el soberano Pontifice arrastrado á Francia como un criminal, trasladado de prision en prision, y sometido á todas las humillaciones que rodean á un soberano destronado, nuestros ojos se vuelven involuntariamente á otro viage que hizo á Francia en 1804, cumplimentado esa vez á las puertas de todas las poblaciones, andando de fiesta en fiesta, y de sorpresa en sorpresa, cuando desfilando á la voluntad del primer cónsul, fue á consagrarle emperador. Parecenos que toda la cadena de las desgracias

del Papa viene á sellarse en este eslabon. A nuestros ojos todo parte de allí, el rapto del Pontífice á fuerza abierta, y el cautiverio de Sabona, seguido bien pronto del cautiverio de Fontainebleau.

Con efecto, en esta nueva circunstancia no se estaba ya en las condiciones de la transaccion del concordato. Aquí no era ya el interés de la sociedad por quien Bonaparte dirigia al Papa una demanda, sino su interés personal; no reclamaba ya el restablecimiento del catolicismo, sino la consagracion de la perpetuidad del imperio en su propia estirpe. Por otra parte, el soberano Pontífice no estaba ya en el límite de su poder espiritual; no eran los cánones los que arreglaban la materia; no se podia, pues, atendida la gravedad de las circunstancias, modificar la letra para conformarse á su espíritu, que es conservar y salvar la Iglesia. Habia un derecho político, positivo, directo, un derecho imprescriptible é inalienable, una legitimidad monárquica que á nadie pertenecia anular. Sin duda hicieron valer con el soberano Pontífice consideraciones poderosas; se le dijo que el nuevo emperador despues de tan brillante testimonio, nada tendria que negar á la cristiandad, que su gratitud nunca olvidaria tan notable beneficio, y que era una medida saludable que alistaba para siempre al gran capitán en el ejército del catolicismo, como un magnífico recluta.

Aun cuando esto hubiese sido cierto, la concesion de que se habla no hubiera debido hacerse, por cuanto no era legítima: hay grandes leyes, contra las cuales, como dice Bossuet, es nulo de suyo todo lo que se hace. Napoleon no tenia el derecho de tomar la corona, porque la legitimidad tenia en otra parte sus representantes. Nadie podia dársela, así como él no podia recibirla, por la gran razon de no estar vacante. Pero esas ventajas de que se habla no eran efectivas, como el tiempo lo demostró, y los excesos de Bonaparte que no tardaron á estallar, trageron el castigo del gran capitán, y fueron la expiacion del santo Pontífice cuyas luces habian sido engañadas, y que habia sacrificado á lo que le representaban como la paz pública, un derecho sagrado que á nadie era lícito desconocer ni destruir.

Que los excesos á que se entregó Bonaparte,

que sus exigencias siempre crecientes se originasen de la primer condescendencia que le mostró el Papa yendo á París á coronarle emperador, es cosa que fácilmente se comprende cuando se estudia el carácter de aquel hombre extraordinario.

Bonaparte aplicaba en la política el mismo sistema que seguia en los campos de batalla. Desde veia que se le abria un claro, precipitábase allí con una impetuosidad invencible, y no era ya posible resistirle cuando una vez se habia reulado. En el concordato el Papa no le habia cedido sino lo que podia cederle en virtud de su autoridad espiritual; pero cuando le hubo sacrificado la legitimidad independiente de un derecho político, el emperador quedó convencido de que el Papa no podia ya negarle nada, y que para lograrlo todo bastaba espantarle. Este es el gérmen de todo cuanto emprendió contra la santa silla, y desde entonces se ve claramente por su conducta y sus palabras, que está convencido de que á fuerza de rigores reducirá por fin al Papa, lo que le confirma y alienta en este sistema de violencia y opresion.

Entonces comienza esa lucha llena de enseñanzas entre Pio VII y Bonaparte, lucha que puede seguirse en la correspondencia del soberano Pontífice y el gefe del imperio frances. Levántase como un inmenso diálogo entre París y Roma; la voz imperiosa que viene de París demanda siempre, la voz que sale de Roma espone en vano con calma y bondad la necesidad en que se ve de rehusar.

Aquella coronacion que debia saciar el orgullo de Bonaparte no ha hecho sino darle mas vastas necesidades. El Papa le ha coronado emperador de los franceses, él quiere coronarse á sí mismo emperador de Roma: se le ha sacrificado un derecho; él pretende que todo derecho debe sacrificársele. Escribe al Papa: «vuestra Santidad es soberano de Roma; yo soy su emperador. Todos mis enemigos deben ser los suyos. No conviene pues que ningun agente del rey de Cerdeña, ningun ingles, ruso ni sueco resida en Roma ó en sus estados. Responsables serán delante de Dios los que dejan la Alemania en la anarquia; responderán delante de Dios los que quieren obligarme á enlazar mi familia con protestantes; responderán delante de Dios

los que retienen las bulas de mis obispos, y entregan mis diócesis á la anarquía." Ya lo veis, el que ha sido consagrado emperador, se consagra á sí mismo soberano Pontífice; le han dicho: «*vuestra corona*," el dice: «mis obispos y mis diócesis." De la uncion que el Papa le ha puesto en la frente, se sirve contra el Papa mismo.

Entonces el soberano Pontífice levanta una voz triste y dolorida, demuestra que no puede tomar parte en las contiendas del terrible conquistador con toda la Europa y aceptar por enemigos á todos sus adversarios: «Nos, dice, vicario de ese Verbo eterno, que no es el Dios de la disension, sino el Dios de la concordia, que vino al mundo para desterrar las enemistades, y evangelizar la paz, tanto á los que están lejos como á los que están cerca (*palabras del apóstol*), ¿cómo pudiéramos desviarnos de la enseñanza de nuestro divino maestro? No nuestra voluntad sino la de Dios cuyo lugar ocupamos en la tierra, nos prescribe el deber de la paz entre todos, sin distincion de católicos y de hereges de aquellos de quienes aguardamos bien, y aquellos de quienes esperamos mal." Bellas y grandes palabras son estas, dignas de la boca que las pronuncia; pero Bonaparte ha obtenido una primera concesion y quiere otra; desde que en favor suyo se ha violado un derecho en Francia, no reconoce ya derecho contra su voluntad.

El Papa responde en seguida á la pretension exorbitante de ser el emperador de Roma, esto es, de quitar al Papa esa independenciam temporal necesaria al poder espiritual que egerce. «Señor, corramos el velo: decís que Nos somos el soberano de Roma, y decís en el mismo momento que toda la Italia estará sujeta á vuestra ley." Nos decís, que si hacemos lo que quereis, no mudareis las apariencias, pero si entendeis que Roma, como parte de la Italia, esté sometida á vuestra ley, si solo quereis conservar las apariencias, el dominio de la Iglesia quedará reducido á una condicion absolutamente servil, la soberanía é independenciam de la santa sede serán destruidas. Vuestra magestad sienta como principio que es emperador de Roma. Responderemos con la franqueza apostólica, que el soberano Pontífice que es tal desde tan gran número de siglos, que

ningun príncipe reinante cuenta una posesion antigua semejante á la suya, el Pontífice, que es tambien soberano de Roma, no reconoce ni ha reconocido jamás en sus estados poder alguno superior al suyo, que ningun emperador tiene derecho alguno sobre Roma. Sois inmensamente grande, pero habeis sido elegido, consagrado, coronado, reconocido emperador de los franceses y no de Roma."

Todo esto era exacto y cierto sin duda; pero el soberano Pontífice olvidaba, que cuando el emperador de los franceses habia sido consagrado y coronado, existia una familia soberana cuya autoridad era la única legitima en Francia, cuya legitimidad era la mas antigua en Europa despues de la santa sede, cuyos derechos eran inviolables y santos. Bonaparte queria usurpar la soberanía temporal de los Papas, esto era una sinrazon, ¿pero no lo era igualmente usurpar la soberanía de la casa de Borbon? Todas las usurpaciones son inicuas y culpables por el mismo título. Habia sido pues una falta y un desafuero juntamente, dejar ver que el gefe de la Iglesia podia, no solo reconocer un hecho, neesidad impuesta por las circunstancias, sino sancionar, consagrar una usurpacion. Desde entonces se animaba á Bonaparte á satisfacer los apetitos insaciables de su ambicion y de su orgullo. Porque el Papa habia sancionado su usurpacion en Paris, queria él ahora usurpar el poder en Roma. El derecho habia sido una vez sacrificado á la fuerza, Napoleon queria que lo fuera siempre, porque se sentia mas fuerte que nunca. El malhadado viage de 1804 todo lo habia comprometido y perdido. Diríase que desde el principio de esta contestacion, el Papa tiene el sentimiento de esta verdad, porque termina su carta con estas palabras: «no olvidareis que nos hallamos en Roma espuestos á tantas tribulaciones, y que hace apenas un año que hemos partido de Paris."

Acabais de oír la voz que habla de Roma, la que habla desde Paris no tardará en resonar, y será para dejar escapar una exclamacion de un orgullo satánico: Hablando Napoleon con Mr de Fontanes sobre sus contiendas con la santa sede, decíale por aquella época: «Yo no he nacido á tiempo; mirad á Alejandro, él pudo decirse hijo de Júpiter sin ser contradicho: yo en-

cuentro en mi siglo un sacerdote mas poderoso que yo, porque reina sobre los espíritus, y yo no reino sino sobre la materia." ¿No hemos tenido razon en decir que desde que el Papa habia consagrado emperador á aquel hombre, el mundo venia estrecho á su orgullo? Poco há no ambicionaba sino la gloria de la espada y los trofeos de las batallas, mas tarde ambiciona la corona, y héle ahí que ambiciona altares. Poco há, solo queria ser el primero de los hombres, ahora quisiera ser Dios, y ese gran esclavizador de las libertades, no contento con haberlas destruido todas en lo exterior, quisiera destruirlas en su último refugio, la conciencia. Los actos vienen muy pronto á confirmar las palabras.

El cardenal Fesch es separado de su puesto, porque en su calidad de eclesiástico y cardenal, puede suponerle sobrada tendencia al respeto y á la blandura con la santa sede. Se le sustituye un embajador perteneciente á aquella escuela losófica y revolucionaria, mal ángel de Napoleón, que desde los primeros dias del consulado, disputa su inteligencia al ascendiente del catolicismo. Al mismo tiempo los estados del Papa son ocupados por las tropas imperiales: el ducado de Benavento es dado á Mr. de Talleyrand, el de Pontecorvo al general Bernadotte, bajó el singular pretesto de que su posesion habia sido frecuentemente un motivo de desavenencia entre Nápoles y Roma. Reconoceis aquí la moralidad de una célebre fábula: Napoleón da á Roma y á Nápoles el papel de litigantes, tomando para sí el papel de juez. Las exigencias hácese entonces mas apremiantes é imperiosas. Mr. Alquier presenta notas que son órdenes; el emperador exige que el Papa acepte las condiciones que él ha formulado ya en una nota; quiere que todo enemigo del emperador sea declarado enemigo del Papa; que las puertas de Roma esten siempre abiertas á las tropas imperiales; ¿qué mas? Quiere que el Papa sea uno de sus obispos, como decia en una nota anterior; quiere que Roma sea una de sus diócesis.

¿Qué responde el Papa á estas prescripciones? Responde: «hemos hecho todo lo posible para que existiese una buena correspondencia y concordia; dispuestos estamos á obrar del mismo modo en lo sucesivo con tal se mantenga la inte-

gridad de los *principios*. En ello está interesada nuestra conciencia, y en este punto nada se logrará de Nos." ¡Ah! si se hubiera siempre conservado la integridad de los principios, si nada se hubiera concedido á Bonaparte contra el derecho, tal vez no se hubiera nunca propasado á los excesos que señalaron su conducta con la santa sede.

Esta bella y noble respuesta del soberano Pontífice hace entrar á Bonaparte en uno de aquellos furores terribles, durante los cuales se vuelve á encontrar al corso en el emperador.

Acababa de vencer en Jena, y no podia concebir que su voluntad, soberana en el campo de batalla, encontrase obstáculos en otra parte. El Papa ha osado desobedecer, desde aquel punto interrumpe con él sus relaciones, pero quiere que llegue á su vista la espresion de sus amenazas, y escribe á su hijo adoptivo el virey de Italia, una carta llena toda de cólera y de orgullo, con la orden secreta de comunicarla al soberano Pontífice.

El Papa habia recordado, que si se desconocian los derechos de la Iglesia, si se ponía en riesgo al catolicismo, Dios habia dado á la santa sede armas espirituales de que haria uso, armas que atacan asi al débil como al fuerte, armas cuyo poder viene del cielo, y contra las cuales nada pueden las armas de la tierra. El que hubiera querido ser hijo de Júpiter, segun decia á Mr. de Fontanes, estremeciése de cólera á tal pensamiento: «el Papa, exclamó, que tal hiciera, dejaria de serlo para mí, y no le miraria sino como al antecristo enviado para trastornar el mundo. Si tal sucediese separaria á mis pueblos de toda comunicacion con Roma. ¿Qué puede Pio VII? ¿Poner mi trono en entredicho, escomulgarme? ¿Pensará que las armas caerán entonces de las manos de mis soldados? No le faltaria ya entonces sino tratar de hacerme cortar el cabello y encerrarme en un monasterio. El Papa actual se tomó el trabajo de venir á mi coronacion; he reconocido á un santo prelado en ese paso. Pero el Papa es demasiado poderoso; los sacerdotes no son buenos para gobernar. Si se quiere continuar perturbando los negocios de mis estados, quizá no esté lejos el tiempo en que no reconoceré al Papa sino como obispo de Roma, como igual

á los obispos de mis estados. No temeré reunir las Iglesias Galicana, Italiana, Alemana, Polaca para arreglar mis negocios sin el Papa."

Todo es digno de notarse en esta carta, monumento de una ambicion llevada hasta el delirio, y de un orgullo semejante á un océano que no está ya contenido en sus orillas. Habéis oído la espresion de la brutal vanidad de la fuerza que no reconoce poder sino en la punta de las bayonetas: «¿piensa hacer caer las armas de las manos de mis soldados?» Vienen luego las desdeñosas ironías del conquistador que arroja á la debilidad del Pontífice este insolente consejo: «no le faltaria ya sino «hacerme encerrar en un monasterio.» No sabia aquel mortal orgulloso, que esta burla que lanzaba al vicario de Jesucristo, le seria arrojada un dia á él mismo por la Providencia; que llegaria una época en que estaria mas seguro é invenciblemente encerrado, que el monge lo está en un monasterio, que una roca serviria de claustro á esa ambicion á quien venia estrecho el mundo, y que las aguas de la mar se le-

vantarian como intransitables murallas al rededor de su prision. El resto de la carta no es menos digno de atencion: Napoleon, en reconocimiento de los servicios que la santa Sede le ha prestado, suspende sobre su cabeza la memoria de Henrique VIII.

Creyendo poseer ya ese poder espiritual que reivindica, amenaza al Papa con volverle anatema por anatema y no ver ya en él sino el anticristo. En fin, como para señalar el origen de todo, como para indicar el secreto de tan exorbitantes pretensiones, recuerda el viaje que el Papa hizo á Paris para consagrarle emperador, y lo recuerda en estos términos: «el Papa se ha tomado la molestia de venir á «asistir á mi coronacion; en este paso reconoció «un santo prelado.» De manera que ha tomado por un acto de sujecion el acto de una condescendencia estremada, y se ve claramente que segun su pensamiento, el Papa abdicó el poder el dia en que coronando á Napoleon, puso en su frente una diadema que no habia abdicado la real casa de Borbon.

CONSIDERACIONES RELIGIOSAS.

El que se siente herido, lleva continuamente su mano á la llaga; el que se apodera fuertemente de una idea, revuelve sobre ella mil veces; y hé ahí porque oímos por todas partes, y porque nosotros en todas partes repetimos: ¡siglo es este de transicion, siglo de espantable magnificencia! Por ello quien hoy se emplease en escribir hermosas vagatelas, flores que brillan y mueren, halagan pero no alimentan, semejaria al insensato que bailase riendo en el borde de un volcan, ó al imbécil que puesto en pie en la cumbre de los Andes mirase á tierra, mientras tenia un océano que contemplar estendido á sus pies, y todo un cielo desarrollado sobre su cabeza.

Ahora que existe, como ya digimos, un gran combate en el mundo politico y en el mundo moral, que se despliega á nuestros ojos un horizonte inmenso, que la humanidad al parecer va á dar un paso y á transformarse, ahora es cuando debemos principalmente los hombres ocuparnos en graves y profundas meditaciones.

¡La Religion y la historia! Hé ahí los estudios importantes, y por escelencia sublimes. La Religion esplica la historia, la historia prueba la Religion.

¡Cuán hermoso es, á la manera que los antiguos agoreros buscaban lo futuro en las entrañas de la victima, buscar en las entrañas de los siglos que han pasado, la historia de los siglos que han de venir! ¡Cuán sublime, preguntar los principios que vivifican el mundo moral al mismo autor del hombre y de la sociedad!

Esas revoluciones que arrebatan á algunos Reyes sus coronas, y mudan las costumbres de los pueblos, ¡tremendo espectáculo! ¡pasmosas trasformaciones! ¿son sangrientos juegos del acaso, que es la filosofia del ateismo, ó son obra meditada de la Providencia, que es la filosofia de la Religion? Esa Religion divina que bajó del cielo cuando Dios hizo el mundo, que ha atravesado los siglos ilustre vencedora de Diocleciano, que la perseguia á nombre de todos los dioses y del siglo XIX que la aco-

metió á nombre de la nada, ¿hizo en efecto libres al hombre y á la sociedad, esclavos aquel de pasiones sin freno, y ésta de leyes atroces, consecuencia necesaria del politeísmo? ¿Tiene en sí propia esa Religion bastantes elementos con el conocimiento y amor de Dios, la esperanza y temor de una vida futura, y los principios que abriga en su seno de todas las ciencias sociales para ser poderosa, si se la conoce y observa cual es debido, á mejorar el corazon, é ilustrar el entendimiento del hombre hasta el punto de darle la perfectibilidad de que es susceptible la naturaleza humana? Si la sociedad es obra de Dios, si como tal ha debido recibir precisamente de su mano leyes eternas, ó lo que vale lo mismo, elementos necesarios para vivir y perfeccionarse, ¿cómo acontece que hollándolas, ó bien se despedaza la autoridad, ó bien se ahoga la libertad, naciendo de aqui el despotismo ó la anarquía? ¿De qué forma y merced á la luz y al fuego santo de la Religion de Jesucristo, y apoyados en su altar se mejorará é iluminará el entendimiento y corazon humano, y andarán juntos el orden y la libertad, llegando por fin á alcanzar sus gloriosos destinos la progresiva humanidad?

Ved cuestiones altamente importantes y sublimes: para nosotros que nada vemos fuera de la Religion, y vemos en ella, ó por ella, cuanto hay de magnífico y de hermoso, están resueltas en el fondo esas cuestiones. Pero si acometiésemos demostrarlas, sentiríamos al instante que no éramos ingenios favorecidos del cielo, y se nos caería la pluma de la mano, asombrado el ánimo con su grandeza.

Nuestra miseria presente nos dice nuestra grandeza futura, y al considerar el fugaz instante que llamamos vida, sentimos que un alma como la nuestra que ama á Dios, y apetece amándole ser inmortal, no ha nacido para lucir y desaparecer como relámpago, sino para brillar como sol en las regiones incorruptibles de la eternidad. ¿Qué mas? hasta los placeres que gozamos nos prueban esta verdad consoladora: ¡Cuán breves son y cuán incompletos! jamás alcanzan á llenar el corazon. Y sobre esto, lo que es mayor miseria, ¡cuán desasosegados! En medio de la voz estruendosa de los festines, oímos siempre algun ¡ay! de triste-

za, y cuando nos arrojamos delirando en brazos de la alegría, ya está de acecho para saltarnos la pesadumbre. Asi nos cuenta el divino Milton, que espiaba el ángel del mal los púdicos abrazos de nuestros padres en el paraíso.

Considerad en una fresca noche de verano á la hermosa Partenope de los antiguos. Besada por las olas brillantes y suaves del mar, reposa Nápoles entre flores al son de céfiros perfumados, y mira hechizada aquel cielo tan puro, tan gracioso, tan bellamente estrellado... Pero no lejos de la encantada ciudad elevase lúgubramente una montaña, y de ella se ve subir ondeando con espantosa tristeza una columna de humo. Hé ahí una imágen triste, pero fiel de los placeres del mundo.

¡Corazon del hombre! si tú apeteces la felicidad, si la que gozas en el mundo no te llena, ¿dónde está la que podrá llenarte? ¡Felicidad del mundo! si eres una ficcion, ¿dónde se encuentra la realidad? ¿dónde brilla la imágen divina, de la cual llevas en tí solamente un pálido reflejo?

Al pensar asi, levanta el cristiano los ojos y mira al cielo.

El hombre piensa y siente: tiene cabeza y corazon, debe buscar la verdad y amar á la virtud.

El ignorante virtuoso se acerca á la supersticion; el sábio sin virtudes á la impiedad: dos mónstruos horribles de los cuales mancha el uno, y el otro destruye el altar de Jesucristo; mónstruos horribles, que como ocultan ó desfiguran el semblante de Dios á los ojos del hombre, impiden la perfeccion moral que solo puede alcanzar asemejándose por sus obras á aquel á quien es ya semejante por su espíritu.

La verdad debe iluminar á la virtud, la virtud vivificar á la verdad.

La ciencia, ó lo que vale lo mismo, la investigacion de la naturaleza de los espíritus, y de los cuerpos, y de las relaciones que entre ellos existen, enderézase principalmente al hallazgo de la verdad.

La poesia que en su acepcion amplia y legitima, es la expresion mas bella de cuanto hay de hermoso y de noble, de tierno y de sublime en el corazon del hombre, dirigese principalmente á hacer amable la virtud.

La una alumbra el entendimiento, la otra ennoblece el corazón.

Aquella es la luz, esta es el fuego del mundo moral.

Mirad al sol: si le robais la luz, queda el mundo en tinieblas; si le robais el calor, el mundo es muerto.

Nosotros hablamos de la ciencia, que partiendo de los principios de la Religión, ó animada por su espíritu, ilustra á los hombres acerca de la virtud religiosa, ó les facilita, mejorando su condición, llevar mas completamente los deberes que de aquella nacen; nosotros al hablar de poesía recordamos á esa musa que, como en otra parte digimos, santifica hasta los mismos placeres sombreándolos con una especie de inefable y santa tristeza, musa santa, púdica divina, que como es la única que ha bajado de lo alto, es la única tambien que sabe los caminos del cielo.

De este modo, todo cuanto nace del entendimiento humano se endereza á un fin útil y grande; todo reconoce una magnífica unidad. Demostrar esta unidad magnífica parécenos ser la grande obra, que medita el siglo XIX, sobre la cual, como sobre base grandiosa é indestructible ha la humanidad de alzarse, crecer... llegar á Dios...

Es tan encantadora la belleza, tan inefable la santidad de nuestra Religión que, una vez conocida, es imposible no amarla. Tal vez á la sombra de los templos de Dios viva yo con un corazón pagano; tal vez para alucinarme con sombras de fugitiva felicidad busque ávidamente festines, músicas y miradas de inflamadoras bellezas. Si alguno me dice: pues si conoces la verdad y la belleza de la Religión, ¿por qué no observas sus preceptos? Yo enmudeceré dejando caer la frente entre mis manos, para ocultar mi vergüenza. Si replica: ¿pues no sabes que esa Religión te condena? Yo temblaré sintiendo el remordimiento incorruptible que es el infierno de este mundo. Pero si añade: ¿quisieras que fuese falsa esa Religión? ¡Ah, no: eso no, gritaría yo mil veces!... ¿Quién es el hombre tan vil, que renuncie la inmortalidad? ¿Quién es el hombre tan duro, tan ingrato, que al leer el Evangelio desee en su corazón que

no sea Jesucristo su Dios? Además el hombre por enloquecido que esté, conoce demasiado bien que es muy triste la vida que arrastramos, y presiente que abrumado algun día por el dolor, y no cabiendo en su corazón la melancolía, ha de mirar como último refugio los brazos de Jesucristo, y como único consuelo las lágrimas que derrame al pie del altar, desde el cual le está mirando quien dijo: «Bienaventurados los que lloran.»

Nosotros hemos leído una historia celestial, y hemos visto en el hijo pródigo al cristiano extraviado, y en el padre que le perdona á aquel buen Dios que hizo una virtud del arrepentimiento.

«Me levantaré (decía el hijo pródigo) é iré á mi padre y le diré: padre, pequé contra el cielo y delante de tí (1).

«Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como á uno de tus jornaleros.»

Y levantándose se fue para su padre. Y como aun estuviese lejos le vió su padre y se movió á misericordia: y sonriendo á él le echó los brazos al cuello y le besó.

Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo, y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.»

Mas el padre dijo á sus criados: «Traed aquí prontamente la ropa mas preciosa, y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies.

«Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos y celebremos un banquete.»

«Porque este mi hijo era muerto y ha revivido: se habia perdido y ha sido hallado.» Y comenzaron á celebrar el banquete.

Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino, y se acercó á la casa, oyó la sinfonia y el coro.

.....
El entonces se indignó y no queria entrar

.....
El padre le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos.»

Pero razon era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto y revivió; se habia perdido y ha sido hallado.»

(1) San Lúcas, cap. 15, vers. 18 y siguientes.

BIOGRAFIA CATOLICA.

SAN PABLO.

(Conclusion.)

Si el hombre puro, añade en su discurso (I. Corint. III, 11) confunde aun en algunos puntos lo que pertenece à Dios con lo que pertenece al hombre; el tiempo hará la separacion del grano y de la paja; Dios aventará las almas: lo que pertenece al hombre perecerá con el tiempo; lo que es de Dios crecerá en la eternidad.

Exhorta de nuevo à los que se muestran envanecidos de no parecerse à los cristianos hebreos, à perdonar à sus ciegos hermanos, y à ponerse de acuerdo con ellos en lo posible, à fin de que el espíritu libre no parezca mas intolerante que el espíritu esclavo; pues no se trata de triunfar mostrando nuestro acierto en un punto de la disciplina; se trata sí de amar à su hermano, de escusarle y de comprenderle; grave necesidad es à los ojos de Pablo renunciar en ciertos casos à desplegar fuerza, independenciam y magnanimidad de ánimo, si es que así, à los que son de diverso sentir, y que no se convierten à impulsos de la elocuencia, puede ofrecerse ocasion de escándalo. Tal es la verdadera, la alta libertad del espíritu, que consiste en saber conformarse, guardando el sentimiento de vuestra independiente conviccion, con el espíritu de aquellos que no ven con ojos como los vuestros, pero que participan de vuestra propia fé, el alma reguladora de la vida entera. Esta, verdaderamente dicha, sabiduría humana, es un alto modelo de la tolerancia divina, un noble egemplo de caridad bien entendida; pues si no es el amor al prógimo, es el respeto, y del respeto no está lejos el amor.

En cuanto al celibato, quiere Pablo que cada uno examine su corazon y sus fuerzas. —Reconoce en la vida ascética una forma mas alta de la vida ideal; pero jamás la ensalza à espensas de la vida patriarcal: quiere que nazca de la individualidad de un alma poderosa; quiere que tenga el mérito de la vocacion, no el mérito de la obediencia. El celibato nada tiene de comun con la perfeccion cristiana: no es otra cosa que uno

de los numerosos aspectos de la individualidad humana. La perfeccion cristiana es la *adhesion* à la causa divina; consiente en abrazar la muerte antes que renunciar à la ley; en sacrificar el todo terreno por el todo divino, en el holocausto del rico y del pobre, del patriarca y del cenovita (I. Corint., 7, 30.)

San Pablo envió à Tito à Corinto à que explorase el efecto que habia producido su epistola; y desde Macedonia, donde se encontraba cuando Tito le trajo noticias en sentido favorable y desfavorable, pues se le acusaba de que escribia con mas vehemencia que hablaba, dirigió una segunda carta à los corintios. En ella invocaba solemnemente su conciencia, y lo que le ha servido de guia, que no es ciertamente la prudencia mundana, sino el espíritu de Dios, dando por prueba la sencillez de su language, la sinceridad de su conviccion. —«No leais, dice, lo que yo no he escrito, leed los nombres propios que atestiguan mi pensamiento. No, yo no me glorifico manifestándome inspirado; yo no hablo impulsado por la vanidad humana. Cuando el hombre des- punta en mí, se resiente de su flaqueza mi palabra: Pablo es débil, pero Dios es fuerte.»

Durante su permanencia en Corinto, aprovechó el viage de Febea, la diaconesa, que pasaba à Roma, para ponerse en relaciones con los cristianos de aquella capital.

Este es el lugar de indicar la política de Pablo, política enteramente cristiana, aunque con frecuencia desconocida ó falsamente interpretada, que tuvo ocasion de desenvolver en su epistola à los romanos con motivo de las persecuciones nacientes en el seno de la ciudad cristiana, vacilante à la vez por los dos lados opuestos: en Oriente por los judíos que escitaban al pueblo y los magistrados del paganismo contra la nueva Religion; en Occidente por los paganos, siempre en acecho, de que bajo la forma de una modificacion en las creencias de los

hombres, acaso se hiciese realmente una revolucion en el estado.

San Pablo hablando del cristianismo como de la Religion de todos los hombres, querida de todos, útil á todos, y mas especialmente útil y amada del pueblo, porque suaviza los dolores y socorre todas las miserias; no quiere llevar á cabo una *revolucion* en el órden político; no quiere dar libertad á los esclavos á viva fuerza; no pretende demoler de un solo golpe y materialmente la barrera que separa al señor del siervo; pero sí quiere revolucionar los *corazones*; quiere *despaganizar*, *deshebreizar* los hombres; quiere ahogar el carácter de casta y tribu, la diferencia de sangre: una vez obrado este milagro, en nombre del cristianismo que á nadie degrada y engrandece á todos, el antiguo señor verá un hermano en su antiguo esclavo, y le tratará como hermano, sin que por eso haya usurpacion de bienes, de calidades y de cargos públicos. La servidumbre del hombre por el hombre, no se aviene con la índole del cristianismo; la violacion de las leyes políticas y civiles, consagradas por el uso y las costumbres de los pueblos, no están tampoco de acuerdo con su santidad y severa doctrina. El cristianismo admite la variedad en la condicion de las formas de la existencia, porque respeta la individualidad de los pueblos como la de las personas, ni es judío, ni gentil, ni aristócrata, ni demócrata, ni monárquico, ni republicano; no se cura de la forma sino del fondo, y obrando en él, es decir en el corazon humano, influye insensiblemente en la forma, para ponerla racionalmente de acuerdo con el fondo de las cosas.

Ahíncase San Pablo en que la ciudad cristiana de Roma, fundada en la ciudad pagana, no conciba el imperio de Jesucristo de una manera judáicamente carnal, como una simple trasformacion de la teocracia mosaica, ó de una manera paganamente carnal, como una revolucion de esclavos. En este sentido predica la obediencia á los magistrados, porque el órden civil y político, tal cual está reglado en el tiempo, pertenece á la economía de la Providencia, que por sí sola dirige en este punto el curso de las cosas, introduciendo las innovaciones en el corazon y en el espíritu de los hombres. Adelantarse á ellas es usurpar las preroga-

tivas de Dios, y hacerse reo de lesa magestad divina.

Reconoce en el gobierno de la Iglesia *servidumbres* por todas partes, y estas servidumbres están organizadas en virtud de los *dones* del espíritu, de manera que cada servidumbre está fundada sobre un *carismo*. Todos los cargos cristianos son servidumbres públicas, desde la magnífica servidumbre del apóstol, hasta la humildísima servidumbre del simple diácono, y estas servidumbres son los únicos privilegios que se admiten en la teoría republicana del cristianismo.

En cuanto á la manera de decidir los litigios, no resuelve San Pablo despóticamente ninguna cuestion de propia autoridad, ó en virtud de su divina mision, sino se dirige ya á los obispos, ya á la comunidad. La espulsion de un hombre vicioso del seno de la de Corinto, no se sujetó á la decision de algunos, sino á la de todos. Las formas de la sociedad judía y griega adoptadas unas por los cristianos hebreos, y otras por los de origen pagano, se modifican por la inspiracion del cristianismo que busca la unidad en la universalidad; lo cual no debe entenderse como lo entenderian los partidarios de la soberanía práctica del pueblo, pues el realismo de los cristianos que nace del pontificado de todos ellos, no escluye ninguna de las condiciones políticas y religiosas de la existencia social.

San Pablo, con ser espíritu tan libre, es un espíritu de órden, y exige en las filas de la comunidad una severa disciplina; pues no es posible otra libertad que la vigorosamente reglada por la ley interna. Los apóstoles, los misioneros y los predicadores ocupan la primera fila, y son las autoridades cristianas. De vez en cuando aparecen profetas, órganos de la conciencia pública, á quienes pudiera llamarse tribunos del pueblo de la primitiva república cristiana. Y últimamente, los hombres inspirados atestiguan el derecho individual de cada cristiano de pensar, hablar y obrar por sí mismo, mas sin quebrantar la regla, sin sustituir la parte al todo, sin que el capricho popular ó la indisciplina personal atropellen la soberana razon.

A los obispos y á los ancianos ó curas, segun el lenguaje moderno, pertenece el gobierno, y la mayor parte de las veces,

aunque no siempre, encuéntrase unida esta facultad á la de la enseñanza. Los obispos, fuesen ó no predicadores, tenían el derecho incontestable de regir la palabra pública; sin lo cual bien pronto la heregia hubiese trastornado la sociedad naciente. A medida que los peligros aumentaban en aquel tiempo de sincretismo y electismo, tiempo semejante al nuestro bajo muchos aspectos, se hacia mas indispensable que la direccion de la sociedad cristiana se confiase á los que eran grandes en la tribuna cristiana, y experimentados en la direccion de los negocios de la sociedad. La confusion de doctrinas de una parte, y la persecucion política de otra, amenazaban por todos lados á esta sociedad naciente. Por lo demas, el sistema de la Iglesia apostólica, cuyas instituciones ha generalizado San Pablo, reposaba de hecho y derecho sobre la base de la eleccion; si la comunidad, al principio, era soberana, niuguna eleccion tenia valor hasta despues de la consagracion, esto es, de la confirmacion superior, y de este modo la voz del pueblo se convertia en la voz de Dios: era necesario para el gobierno de la Iglesia otra cosa que el principio siempre movable de la democracia soberana, y por tanto una confirmacion sagrada, una autoridad religiosa. Insiste el apóstol con empeño en que se considere la consagracion exterior y carnal, como figura de una consagracion espiritual: asi el apóstol ú el obispo consagran exteriormente en la forma material, y Dios consagra interiormente en la realidad espiritual.

Antes de alejarse Pablo hácia el occidente, visitó por última vez el Asia menor. En Mileto convocó á los ancianos y obispos de la comunidad de Efeso, y otras de la comarca, y les dió su último y solemne adios, á la manera que un padre se despide de sus hijos con magestuosa ternura. Preveyó que el cristianismo creceria como la espiga entre plantas parásitas; mas que tendria miembros infieles, nacidos en la misma comunión, y especialmente en Efeso, los cuales le combatirían terriblemente. Vislumbró el gnosticismo naciente, primero bajo la forma judaica, y despues bajo la forma pagana; pues el gnosticismo revistió ambas formas, bien que su principio fue siempre extraño al genio del mosaismo.

Durante la primera cautividad de San

Pablo en Roma, fue visitado por Epafras que venia de entre los Colosenses, comunidad del Asia menor, á darle cuenta del nacimiento de aquella secta. Si tratáramos de analizar las diversas doctrinas que venidas de la Persia y la Caldea se habian á la sazón difundido en el mundo judío, y comenzaban á despuntar entre los griegos, tal vez hallariamos que debian su origen á la India.

Hombres de alma elevada, parece que ostentaban las prerogativas de una misteriosa sabiduría, se separaban en la convicción de su dignidad teosófica, del resto de los hombres, y abandonaban la vida práctica por las especulaciones del espíritu. Estos pretendian convertir el cristianismo en teosofía robándole su divina sencillez. Y aunque de origen judío, renunciaban al rigor del mosaismo fariseo, para predicar su filosofía que suponian divina, á los cristianos de raza helénica. Pretendian estar en relaciones con los espíritus del cielo, y asentaban su doctrina sobre el dualismo, considerando á la carne como morada del mal; desde su prision probó Pablo á tan estraviados espíritus, que su cacareada sabiduría se encerraba en la esfera pagana del *Kosmos*, y no en la del *Logos*, y no era mas que *angelatria*, pero no cristianismo; por cuanto si bien en sus místicas especulaciones reconocian á Jesucristo, quitábanle su centro de acción en el hombre.

Tal secta dió origen al gnosticismo judaico que desenvolvió Cerinto, y hubo San Juan de combatir. Rechaza su doctrina San Pablo por el poder del *Logos*; pues solo el Verbo triunfa de las tinieblas y es el mediador. «No os fieis, dice el grande apóstol, no os fieis, de los que anhelan dirigirse á los ángeles y no á Cristo, y descorder el velo del universo, para observar en él una trasfiguración divina. Hijos del mundo son tales hombres aunque se abstengan de sus deleites: vosotros solo debeis ser de Jesucristo.»

Oscura sobre modo y apenas conocida es la última parte de la vida de San Pablo. Parece sin embargo, que fue puesto en libertad antes de la persecucion que en el año 66, y á causa del incendio de Roma hizo sufrir á los cristianos Neron, imputándoles su propio crimen. Libre de sus cadenas tornó á Macedonia y á Acaya, fundan-

do una iglesia en la isla de Creta, que confió á los cuidados de Timoteo; visitó la Asia menor, y segun San Clemente su discipulo fue tambien á España, despues de lo cual, preso segunda vez, alcanzó en Roma su martirio. Con serenidad de alma imperturbable, y afianzando en su ardiente fé, esperó la muerte; pero antes de recibirla derramaba en torno suyo la luz de su espíritu como el lirio los perfumes de su cáliz. Solo le aquejaba la memoria de su discipulo Timoteo, solo temblaba á causa de los desórdenes nacientes en la Iglesia; em-

pero tenia robusta confianza en el triunfo de Dios, y si como hombre participaba de los dolores de sus hermanos, navegaba en tanto por los cielos su espíritu inmortal, y abordaba en la ribera donde reina una paz divina. Desembarcando allí el héroe cristiano al pie del trono de la divinidad, depuso ante él las armas santas con las que habia combatido durante su carrera en el mundo; la palma del martirio adornó la frente de aquel á quien la muerte habia coronado como vencedor de la esclavitud.

MISIONES DE AMÉRICA.

DIOCESIS DE BARDSTOWN.

(Conclusion.)

El libro precioso del enviado extraordinario de los Estados Unidos en Guatemala es por sí solo una demostracion perfecta de esta identidad, á pesar de las preocupaciones y errores del autor, el cual ateniéndose á los sistemas de varios viajeros y geógrafos ilustres, saca una consecuencia al fin de su obra contraria á todas las leyes de la induccion. Mas el descubrimiento de las momias halladas en *Mammoh-Cave* es por decirlo así el último golpe dado á la teoria de los Aborígenes (1) renovada por los griegos con desdoro de nuestro siglo, y sostenida sin reflexion por sábios de primera nota. Si es cierto lo que cuenta un viajero, esta caverna suministrará con el tiempo datos importantes sobre los antiguos pueblos del continente americano. En las escavaciones que se hicieron en ella el año 1810 para extraer salitre y fabricar la pólvora que necesitaba la república en su segunda lucha contra la Inglaterra, uno de los trabajadores halló, segun dicen, dos ó tres momias que volvió á tapar con tierra, colocó otra vez en su lugar por no revolver las cenizas de los difuntos. Davidson refiere este caso en su *Excursion to the Mammoth-Cave*.

(1) Esta espresion designa los primeros habitantes naturales de un pais en contraposicion con los que han ido á establecerse en él.

Hautend-Chamber nos sugirió las antecedentes reflexiones; pero la vista del templo nos dejó aun mas maravillados, á pesar de cuanto habíamos visto.

Debajo de tierra se presenta un espacio circular con una bóveda inmensa, sin pilares naturales que la sostengan, que tiene segun los guias sobre 582,080 toesas, que los mas moderados reducen á la mitad. Así como en las iglesias góticas el cincel del arquitecto ha dibujado arabescos, follages y hermosas guirnaldas, así la accion de las aguas que abrió aquella concavidad ha formado al rededor de ella diferentes festones y adornos tan curiosos como estraños. El panteon de Agripa se me vino al pensamiento como el diminuto sublime de la bóveda colosal que estaba presenciando. El resto mas completo de la arquitectura romana era entonces para mi como el modelillo de barro que amasa el escultor antes de tomar el cincel, para dibujar los miembros atléticos, los músculos salientes, y formas arrogantes de un gladiador colosal.

Otros mil obgetos dignos de ser citados podrian ocupar aqui su lugar, si me propusiese hablar distintamente de todas las cúpulas, salas ó avenidas pintorescas que nos enseñó el guia, con nombres bien ó mal combinados. Así las *fraguas del Diablo* están al lado de las *columnas de Hér-*

cules y de Pompeyo; el parapeto de Napoleón se halla inmediato al sillón de Vulcano; la muger de Lot hace simetría con una cabeza de elefante. Por lo tanto, un estudio serio sobre estos pormenores no sería más que un entretenimiento pueril y ridículo.

Nuestro guía no podía avenirse que prefiriésemos beber agua de una fuente sulfúrea que corre por medio de aquellas curiosidades á otra cualquiera; y quedó aun más sorprendido cuando vió que sacaba yo de la faltriguera un frasquito para llevármelo lleno de aquella agua. Mi objeto era analizarla; pero tuve la desgracia de que el frasco se rompiese por el camino, y así ignoro todavía si esta fuente tiene propiedades distintas de las demás aguas sulfúreas que tanto abundan en el Kentuki.

Entramos en la caverna á las cuatro de la tarde, y nos marchamos al anochecer.

Por la mañana antes que saliese el sol volvimos á la gruta, y sin pararnos en los pormenores de las cosas, nos dirigimos aprisa hácia el río cuyo curso tratábamos de averiguar.

Para llegar es preciso andar cuatro millas poco más ó menos, ya pasando sobre la peña viva ó montones de piedras que en otro tiempo estaban prendidas á la bóveda, ya sobre una arena fina llena de chinias. En muchos parages, particularmente en el laberinto inmediato á la cúpula de Gorin, se encuentran ágatas, calcedonias y ópalos, la mayor parte comunes y de poco valor; pero por medio de continuas investigaciones no dejarían de obtenerse felices resultados. Durante el camino, uno de los negros halló una piedra del tamaño de un huevo de paloma, y la regaló á una señora marilandesa que formaba parte de nuestra expedición subterránea. En aquel momento no pude ver qué clase de piedra era; pero segun las señales exteriores la hubiera tomado por el ópalo blanco más hermoso de cuantos he visto.

Antes de llegar al río se pasa por la sima llamada *Bottomless pit*, que hace dos años era el término de todas las escursiones: es un abismo que se creía no tenía fin, colocado en medio del único sendero del subterráneo. El ruido sordo de las aguas del río repetido por el eco de las cavernas semejante al bramido ronco de una cascada,

la vista de peñascos amontonados sin orden, y la angostura casi repentina de la bóveda y el camino, todo parecía que amenazaba con la muerte á cualquiera que osase dar un paso más adelante. Sin embargo vino un viajero que tuvo más audacia que sus antecesores: sentóse á la orilla del abismo, y con el reloj en la mano tiró abajo una piedra, y reparó que después de haber rebotado por las paredes del precipicio se detuvo con un ruido más fuerte que los precedentes. Después de varias pruebas, calculó que había aproximadamente sobre 140 pies ingleses de profundidad. Por otra parte, el ruido de las aguas le indicaba que no obstante la angostura momentánea del subterráneo hallaría al otro lado del precipicio otras bóvedas y avenidas acaso más anchas que ninguna de cuantas había visto. Revistióse de valor, echó transversalmente una escalera sobre la boca de la sima, y se agarró á ella de pies y manos. No le acompañaba más que un negro, quien poseído de un terror supersticioso le decía formalmente que iba á perecer. Por poco se cumple su pronóstico, porque como la escalera no era bastante larga para que estuviese bien apoyada al otro lado, resultó que cuando el aventurero iba á tocar la parte opuesta resbaló la escalera, y el negro dió un grito espantoso creyendo que la hidra del abismo castigaria la audacia sacrilega del hombre blanco; pero el viajero intrépido conservando su serenidad en el momento del mayor peligro, alargó la mano al tiempo de caer, y pudo agarrarse á una piedra que afortunadamente no cedió, y de este modo se halló dentro de poco sin temor á la entrada de otra caverna. El mismo negro alentado de ver el buen resultado que había tenido una empresa tan temeraria, dicen que fue á buscar una escalera más larga, y siguió los pasos del hombre blanco volviendo por el mismo camino, después de haber visto la orilla del río subterráneo hácia el cual vamos á dirigirnos.

Es escusado decir que en la actualidad hay un puente de madera sobre el precipicio por donde pueden pasar los viajeros sin el menor peligro; estrañando ahora todo el mundo que por tan poca cosa se haya estado tanto tiempo sin poder pasar.

Después de haber bajado por una cuesta llena de arena y sembrada de peñascos, se

encuentra uno á la orilla de una nueva Estigia. El rio tiene por aquella parte veinte pies de ancho, y se cree que tiene otro tanto de hondo. Corre sobre arena y hermosas peladillas. Cuando viene menos crecido, y las orillas no están cubiertas mas que con algunas pulgadas de agua, se encuentran muchos cangrejos pequeños y desmedrados la mayor parte, y enteramente blancos. No obstante, algunas veces los hay de un tamaño regular, casi negros y bien nutridos; pero lo mas extraño es, que ambas especies carecen de ojos, sin duda por serles inútiles enteramente.

La ceguera completa es tambien el carácter mas notable de los peces que pueblan este rio subterráneo. Todavía no se conoce mas que una especie que pertenece al género de los *cottus*. El mas grande de cuantos se pescaron en él tendria sobre seis pulgadas de largo: el tamaño ordinario es de tres ó cuatro pulgadas. No seria difícil adquirírselos vivos, pues he visto algunos que despues de estar metidos durante medio dia en la faltriquera envueltos en un papel de estraza, respiraban aun cuando al llegar á la posada los echaron en un barreño de agua fresca.

Esteriormente no se les descubre ningun órgano por donde puedan ver. Dicen que un médico de Louisville, despues de haber anatematizado algunos peces, se convenció de que carecian enteramente del aparato visual.

Diré una palabra sobre algunas circunstancias que acaso podrán ser de algun interés para los físicos y naturalistas. La profundidad vertical del subterráneo no se ha podido averiguar nunca con exactitud. Por desgracia no tenia yo el escelente barómetro de Mr. Bunter que me enviaron posteriormente de Europa; pero se me figura que el nivel, segun término medio, no ofrece una gran diferencia con el de los valles exteriores. Si algunas veces teniamos que bajar colinas, tambien teniamos que subir otras tan altas como aquellas. Tampoco creo que deba admitirse la profundidad que se adquiere por la temperatura constante. Este fenómeno, indicado ya como una de las circunstancias características de *Mammoth-Cave*, puede demostrarse por medio de la dificultad que hay en que el aire se renueve. En la abertura es verdad que se forma

una corriente de adentro afuera en el verano, y viceversa en el invierno; pero esta corriente que solo es perceptible á la entrada, y que apenas dura algunos meses, bastará acaso para renovar el aire de una caverna, en la que se ha penetrado hasta diez y seis millas sin hallar el fin?

Para completar la lista de los animales que la habitan, deben añadirse á los peces y cangrejos varias especies de insectos, entre los cuales hay arañas falangias y grillos. Sus miembros son generalmente largos y cenceños, la piel es blanquecina, y á todos les falta la vista.

No deben comprenderse en la misma categoría los murciélagos que se encuentran en dos recintos inmediatos á la pieza principal del subterráneo. Escondidos durante el dia y agarrados á la bóveda en grupos, salen de noche de la caverna á volar al valle exterior, asi que no se diferencian de los murciélagos ordinarios.

Pero ya es tiempo que sigamos nuestro camino y nos embarquemos en una canoa que nos espera en la playa.

Es cosa imponente el navegar por un rio desconocido que pasa á menudo entre dos bancos de peñas puntiagudas, y que á veces se cuela por unas grutas estrechas en donde el viagero tiene que agacharse por no tropezar en la bóveda, estendiéndose despues sus aguas por unas riberas solitarias en donde los peñascos amontonados unos sobre otros ofrecen á la vista la imágen del caos.

Como no podiamos haber todos juntos en el barquichuelo, entraron primero las señoras con sus maridos. Cada cual estaba sentado y quieto con su lámpara en la mano. Dos negros solamente dirigian la embarcacion. Sentados nosotros sobre la orilla, vimos como se dirigia magestuosamente hácia la parte oscura de la concavidad. Al tiempo de pasar, la luz de las lámparas reflejaba sobre las peñas negras y carcomidas de los márgenes. Las masas de sombra en oposicion con la luz, el silencio profundo de aquellas guaridas, cuando todos callan á la vez, contrastando al menor ruido con la repeticion sonora de uno de los ecos mas hermosos que puedan oirse, todo sorprendia y arrebatava. Despues de tantas maravillas ninguna parecia mas asombrosa que esta. La barquilla al cabo de poco torció por la derecha, y se ocultó detrás de un enorme

promontorio. Confieso que entonces se apoderó de mí un terror pánico; pero escitados por un movimiento espontáneo y simpático todos nos pusimos á cantar. Las voces de las señoras eran mas dulces y melancólicas. En aquel acto la naturaleza nos ofreció á poca costa una escena que en vano el arte se esforzaria en imitar.

Este viage apenas duró diez minutos, al cabo de los cuales volvió la barquilla á buscarnos, y en breve nos hallamos reunidos en un banco de tierra calcárea compacta, por debajo del cual desaparece el rio como por encanto en medio de la arena.

Puede evitarse este primer paso pasando entre los peñascos hasta llegar á la cumbre de los cerros que terminan en el rio; pero entonces es preciso caminar algun tiempo por la orilla de un precipicio. A cien pasos de profundidad se vé un gran valle en forma elíptica dentro del cual se oye el sordo murmullo de las aguas. Disfruté algunas veces de aquel terrible punto de vista, en donde basta un resbalon para caer en el abismo. Me estremezco cada vez que me acuerdo de lo que un guía me decia gritando, viéndome bambolear delante de él. «Teneos firme, porque si tropezais ireis á parar al *Mar Muerto*.” Este es el nombre que dan á la sima que abraza aquel sublime anfiteatro de piedras amontonadas.

A distancia de algunos pasos hallamos el álveo del rio con otro esquife. Este brazo de agua es mas corto y menos pintoresco que el anterior; pero un poco mas distante el rio toma un aspecto imponente y espantoso. Unas veces se estrecha entre peñas taladradas por las aguas, y otras se ensancha en forma de un lago. Nunca lo he atravesado sin experimentar una sensación de horror. Sin embargo, jamás mi agitacion fue mas viva que la noche de aquel mismo dia. La gente con quien yo iba resolvió pasar la noche en el subterráneo; dejé que siguieran su camino, y me volví con un compañero y un guía. La canoa que encontramos para pasar el agua apenas podia contener tres personas. Consistia en dos tablas viejas clavadas sobre otra en ángulo recto, sobre las cuales habia solamente quince dias que un americano intrépido se habia arriesgado el primero para hacer el descubrimiento completo de aquel pequeño mar de agua dulce. El negro estaba detrás agachado dirigiendo

el timon, y nosotros en la delantera con las luces hácia fuera para que viese el rumbo que debia seguir. El silencio, la oscuridad, las formas gigantescas de la orilla y de la bóveda, todo nos recordaba las escenas descritas por los poetas paganos, y parecia que las fábulas del Aqueronte y la Estigia, las del viejo nauclero y de su barca adquirian cierta realidad.

En esta tercera travesia se pasa á lo menos veinte minutos sobre el rio. En aquella parte se desprende una bahía; pero se puede atravesar algunos pasos mas allá, saltando de una peña á otra.

Uno de nuestros compañeros de viage decia que algunos dias antes habia trepado por la barrera de peñas debajo de las cuales desaparece el rio, el cual habia vuelto á encontrar despues, y visto una gran cantidad de pescados sin ojos, que generalmente eran mas gruesos que los que se habian observado hasta entonces.

En aquella direccion seguramente que pueden hacerse descubrimientos importantes, porque el rio debe desembocar en alguna parte. Es muy probable que no desagüe en el *Green-River*, que pasa á una milla de la caverna, ni en ningun otro rio exterior. Un plano que indicase exactamente su curso ofreceria seguramente noticias muy apreciables; y si se añadiese una completa descripcion de los animales que pueblan sus aguas y ribera seria una página interesante para la historia natural.

Varios de la comitiva no se atrevian á esponer la vida metiéndose en una embarcacion tan frágil, y en efecto es preciso confesar que habia mucho peligro; mas sin embargo se les trasladó de la orilla derecha á la izquierda. Treparon nuevamente por las colinas que siguen el rio, sin otro camino que una especie de gruta baja y estrecha, cuyas dimensiones van disminuyendo hasta quedar reducido á un agujero de un pie y medio de alto. Por alli tiene uno que meterse á lo largo andando á gatas cerca de diez minutos, hasta que por fin llegando al otro lado de la cordillera, se encuentra otra vez el rio, despues de haber dado este un gran rodeo. Un bromista propuso que se diera á este paso tan estrecho el nombre de *Snake Avenue*, la *Avenida de las serpientes*, ó avenida par donde se serpentea.

Desde lo alto de este último vertiente

se presenta à la vista del viagero uno de los puntos de vista mas pintorescos que puedan disfrutarse: todo el rededor está lleno de incrustaciones calcáreas: alli la naturaleza fabrica columnas, ropages, grupos de peñascos y estatuas con profusion. La cumbre de los collados toca en la bóveda, la cual está agugereada en aquel parage por las escavaciones, y adornada con grandes festones calcáreos. Por debajo corre el rio subterráneo al que podria uno llegar de un salto.

Entretanto se le vuelve la espalda para no verlo hasta el regreso, y se entra en otra avenida cuyas dimensiones son tan magestuosas como las de la entrada. Se camina por una arena húmeda, se bajan cuevas resbaladizas, y se suben otras con la ayuda de los pies y de las manos, hasta que finalmente se encuentra un terreno mas enjuto, y cesa el ruido de las aguas à la vista de un nuevo mundo.

Este se presenta como un cóo shorible. Es necesario caminar por encima de un cúmulo de peñas amontonadas, que sin duda cayeron de la bóveda, mientras hay otras que están suspendidas à cincuenta, ochenta y cien pies de altura. Cualquiera de ellas bastaria para aplastar cuatro hombres. Los montones son à veces tan altos que impiden el paso, pareciendo de lejos unos verdaderos cerros. Asi tiene que andarse mas de tres millas por medio de un desórden el más completo.

Por fin se va allanando el camino; el terreno está menos cubierto de escombros; las paredes comienzan à estar revestidas de espejuelo; la bóveda está festoneada y perfectamente conservada, y relumbra à veces con las cristalizaciones.

A la parte principal del subterráneo se agregan otras cavernas mas estrechas, y toman diversas direcciones. Si uno se arriesga à entrar en alguna de ellas, hallará à menudo brillantes aposentos y graciosos retretes adornados con una hermosa colgadura blanca maciza y aterciopelada. Aun no he oido decir que se hayan encontrado en ninguna otra parte formaciones modernas de espejuelo tan magnificas como estas. Mas esto no es todavia sino la antecámara de un inmenso palacio, cuya singular entrada se halla à cinco leguas mas allá del rio. Mis lectores apenas podrán creerme,

y sin embargo estoy bien lejos de referirlo todo.

La galería subterránea que hemos andado hasta aqui ya se acaba. Ahora el sendero se va estrechando. Se sube gradualmente sobre la peña viva, y se halla uno detenido por una pared negra como el basalto. Pero esto no es mas que el principio de nuevas maravillas. Si se levanta la cabeza, se ve un agujero festoneado con incrustaciones calcáreas que parecen racimos que cuelgan amontonados con mucha gracia. Afianzándose bien de pies y manos puede subirse allá, aunque muy difícilmente, desde donde se presenta à la vista el espectáculo mas encantador que pueda darse: se encuentra uno trasportado sobre guirnaldas y montones de racimos blancos y negros. Las masas de este precioso fruto llegan abajo hasta cubrir el suelo. Una agua pura que parece el jugo que destila de la misma vid se escurre por las guirnaldas, y siguiendo los contornos va à caer de gota en gota en un estanque de piedra recortado. ¡Ah! dentro de unos cuantos años este salon magnífico ya no existirá. No habia mas que quince dias que lo habian descubierto antes de nuestra llegada, cuando vi las señales brutales de los primeros golpes que se dieron à aquellas hermosas guirnaldas. Este precioso juego de la naturaleza no tardará en ser lo que es ahora la *Avenida gótica*, algunos escombros revestidos de un hermoso nombre. Se llama hoy dia el *Gabinete de Cleveland*. Es la entrada de un nuevo subterráneo que no ha sido aun reconocido en gran parte. El suelo está cubierto de un polvo fino de yeso producido por la descomposicion de las incrustaciones del espejuelo con que se hallan entapizadas todas las paredes. Las formas no consisten solamente en pilares y ropages, sino tambien en hojas, flores, rosetones, estrellas y mil otras figuras estrañas, naturales, graciosas....

Despues de haber andado cerca de diez y seis millas que se cuentan desde la entrada de la cueva, creimos no deber pasar mas adelante. Otro mundo queda todavia por descubrir. ¿Quién sabe si por algunas galerías aun no conocidas iria à parar sobre otro brazo de rio? y ¿quién sabe todo lo que oculta à las ciencias y à la curiosidad este maravilloso reino de las tinieblas?